

OCTAVA CONFERENCIA

El sentido de la vida en las obras
de Gracián,

por el

Dr. D. Salvador Minguijón,

Catedrático de la Facultad de Derecho en la Universidad
de Zaragoza.



Dar un sentido a la vida supone un conocimiento de conjunto de la naturaleza humana en sus relaciones con la naturaleza y con la sociedad. Un conocimiento de conjunto es lo único que puede explicarnos las cosas que están relacionadas y articuladas entre sí. Si el mundo fuera una adición de realidades fragmentarias, de existencias separadas, nos bastaría con un conocimiento analítico, pero si es un todo estructurado y armonizado, en el cual todos los seres se relacionan y se comunican, hay que ver cada uno en función del todo, explicar las partes por el todo, que en esto consiste el finalismo.

Pero tener el sentido de la vida no es únicamente comprender nuestra relación con la naturaleza y con la sociedad, es también imprimir a nuestra vida interior un sello de unidad activa, un enfoque, no meramente de visión, sino de tendencia; en suma, una manera de reaccionar contra la realidad exterior.

Establecer la unidad en nuestra vida intelectual, es necesidad fundamental para la formación del carácter. Nuestras impresiones son varias y varios son también los pensamientos que las siguen. “El pensamiento—dice Duprat—tiende a variar sin cesar. De aquí se sigue que, en la ausencia de un principio constante de sistematización, el pensamiento tiende a la discontinuidad, las construcciones mentales diversas tienden a sucederse, apareciendo las unas antes que las otras sean acabadas y, a su vez, desapareciendo antes de estar completas. En otros términos, ningún proceso mental puede efectuarse normalmente si no existe un principio director de la evolución mental que por su permanencia se oponga a la inestabilidad natural del espíritu. Cuanto más débil es este principio, mayor es el mal”.

A primera vista parece más cómodo dejarse llevar a todas

las adaptaciones, pero bien pronto se da uno cuenta de que eso, además de una abdicación, es una miseria espiritual. El alma tiende a extraer de la sucesión de las impresiones elementos durables, a enriquecerse con un fondo permanente. No puede resignarse a impresiones aisladas y ve desde luego en el mundo una inteligibilidad, una correspondencia entre ella y el mundo, que hace a éste capaz de ser comprendido e interpretado.

Desde luego, el mundo se presenta al hombre como un orden. El conocimiento de la Astronomía cultivada por los orientales hizo comprender a los griegos que el mundo no estaba sometido a potencias arbitrarias, sino a una ordenación fija regular, que acusa un plan con unidad de pensamiento. Luego se da uno cuenta de que entre las leyes de nuestro pensamiento y las leyes de la realidad hay correspondencia. Un astrónomo calcula un eclipse, y efectivamente, el eclipse se verifica a la hora señalada. Leverrier calcula que debe existir un cometa que nadie ha visto, y efectivamente, la realidad confirma el cálculo y el planeta aparece. Es decir, que la manera de funcionar de nuestra razón se corresponde con lo que sucede fuera de nosotros.

Esta convicción se fortifica a medida que el hombre adelanta en las ciencias, y a veces se descubren relaciones lejanas que parecen acusar en la naturaleza un plan de finalidad en relación con el hombre. Tal es el hecho de que las grandes catástrofes sufridas por nuestro globo antes de la aparición de la humanidad hayan dado por resultado preparar la habitación del hombre, que de aquellas catástrofes hayan surgido efectos tan útiles como el de almacenar la energía solar en las minas de carbón, que al cabo de los siglos habían de constituir el pan de la industria, y el que de aquellas conmociones, al parecer sin plan, hayan salido los países más bellos de Europa (1).

Así nació en los filósofos griegos el alto aprecio del pensamiento como una centella divina, como una participación en el hombre de la fuerza ordenadora que todo lo gobierna. Fué para ellos el pensamiento el principio más excelente. Porque, en verdad, lo que el mundo ofrece a nuestra vista son fenómenos pasajeros, apariencias fugaces. Sólo hay una cosa duradera: la ley, el orden, los tipos eternos; es decir, lo inteligible, no lo sensible.

Y aquí nos encontramos de lleno en la filosofía de Platón que,

(1) Véase Lapparent, «Science et apologetique».

como hacía notar el Sr. Ferrer, tanto ha influido en el alma de Gracián; la noble y bella filosofía perpetuamente joven, que a través de San Agustín llegó a los grandes escolásticos. Según Platón, son filósofos aquellos que consagran todo esfuerzo y todo amor al Ser inmutable, mientras los demás hombres dependen de las apariencias y del ser pasajero. La del filósofo es la única vida esencial, vida semejante a la divina, vida consagrada a la contemplación de la verdad eterna y la eterna belleza (1).

Nace de aquí una concepción de la vida eminentemente intelectualista. Por el camino de la razón hay que buscar la felicidad y la belleza. El Estado es la soberanía de la razón manifestada por las leyes. Todo fin se reduce a realizar la armonía, a establecer el orden. La ciencia es la virtud y esta virtud da la felicidad. “Si la felicidad—dice Aristóteles—es como el eco de la virtud en el alma, es natural que la más alta virtud engendre la dicha más perfecta. Y bien; ¿qué facultad es en nosotros más divina que la inteligencia? Por tanto, la virtud o acción propia de la inteligencia, es decir, la ciencia, es al mismo tiempo la virtud por excelencia”. (*Moral a Nicomaco*, I, X).

Tal fué la civilización antigua. El mundo moderno le ha consagrado bellas estrofas de nostalgia, ha querido idealizar su recuerdo, ha mostrado empeño en descubrir sobre el mármol de su sepulcro los reflejos de un sol hundido en las aguas amargas de la melancolía cristiana, como veía Chateaubriand, por encima de la Acrópolis, las negras alas de las cornejas teñirse de rosa a los reflejos de la aurora. Pero el mundo, que conoció el paganismo y que lo vivió, no vió las cosas del mismo modo. Se desencantó del paganismo y se hizo cristiano. El ideal del paganismo podemos decir que se realizó. Roma unificó el mundo y lo sometió a una misma ley, le impuso un derecho llamado la razón escrita, una lengua forjada en un espíritu de proporcionalidad y de ordenamiento, lo sujetó a una administración regular sabiamente perfeccionada, pero no supo darle una fuerza espiritual elevadora, y el mundo se detuvo por la atonía de las almas y murió por falta de ideales.

Habéis visto cómo se destaca en el sistema de Platón el filósofo, viviendo una vida superior, mientras la masa vegeta en el

(1) V. Eucken, «*Die Lebensanschauungen der grossen Denker*».

mundo inferior. Aquí véis un rasgo característico de la filosofía griega: el aristocratismo intelectual. Vivir en la verdad y en la belleza no es cosa accesible a la multitud, sino patrimonio de algunas excepciones. El filósofo es un ser aparte de los demás hombres. Y esto sucederá siempre. No hay en Platón fe en la elevación de la multitud ni en el progreso moral de la humanidad. El cree, como otros filósofos griegos, en la existencia de ciclos históricos relacionados con la astronomía, al cabo de los cuales todo vuelve al punto de partida para comenzar de nuevo.

La virtud es en esta filosofía una liberación del ambiente que nos circunda, el filósofo es un hombre que en vez de sacrificarse por la humanidad se preserva del mundo visible y de la influencia de la masa para formarse una personalidad. La felicidad es interior. Nada puede el exterior destino contra el estado de ánimo alcanzado por el esfuerzo de elevación hacia la verdad. Luego el neoplatonismo proclamará la indiferencia frente al mundo exterior y a la multitud de los humanos. Todo está centrado egoístamente en la personalidad propia.

Ya véis que en ese mismo aristocratismo estaba su impotencia absoluta para regenerar la sociedad. Sólo podía formar algunas personalidades aisladas. Carecía de la fuerza expansiva de un ideal generoso.

El proselitismo popular fué idea cristiana. El Cristianismo estimó los bienes espirituales como un algo eminentemente difusivo y llamó al banquete de la verdad a los que por ignorantes eran ignorados. A una síntesis intelectual estética, como era la de la filosofía antigua, sustituyó una síntesis ética. El acentuó, tal vez creó, el verdadero sentimiento de la culpa como un mal moral distinto de la mera desarmonía y de la desgracia, y al presentar esta idea como fundamental, hacía posible el arrepentimiento como palanca de regeneración. El arrepentimiento es una desarmonía interior, un descontento, un desequilibrio, que ataca la idea fundamental de la filosofía griega, la cual pone el bien supremo en una inalterable serenidad.

La filosofía antigua es esfuerzo hacia el reino de la verdad. El Cristianismo pide también esfuerzo, pero es de un modo especial confianza; recibir, agradecer y corresponder a los beneficios de un Dios Padre. La perfección en la filosofía antigua es elevación y depuración de la propia excelencia natural. Todo ha de sacarlo el hombre de sí mismo, y para ello ha de romper con la

materia y con el mundo, preservarse de la vulgaridad, defenderse de las perturbaciones del mundo, encastillarse en su propio ser, destacarse y distanciarse de los demás.

El Cristianismo no está fundado en la elevación de la propia vida, sino en la participación de una vida nueva, que ha descendido sobre los hombres. Armado de este poder superior, el cristiano no está a la defensiva, no se preserva, sino que conquista y extiende sin cesar el reino del espíritu.

Así, la filosofía antigua no podía ser renovadora. En ella la perfección es liberación y depuración, pero no es adquisición, y por eso pesa sobre ella la incapacidad de progreso. Aspira a una medida, a una regularidad, pero no concibe las ansias infinitas del infinito amor.

Si queréis ver la diferencia, no tenéis más que comparar a Platón con San Agustín. San Agustín era un platónico; ¡pero con qué sonido tan distinto vibra su voz en el alma! Trata de explicar lo que amamos cuando amamos a Dios y dice: ¿Qué es lo que yo amo cuando os amo? No es ni la belleza de los cuerpos, ni el brillo efímero de las criaturas, ni el esplendor de la luz que encanta nuestros ojos, ni la dulce armonía de melodiosos cánticos, ni el suave olor de los perfumes y de las flores; no es ni el maná ni la miel; no son esas formas seductoras que atraen la voluptuosidad. No, no es nada de todo esto lo que amo cuando amo a mi Dios; y sin embargo, yo amo una luz, una armonía, un perfume, un alimento y no sé qué caricias y qué voluptuosidad cuando amo a mi Dios. Porque esta luz, esta armonía, este perfume, esta voluptuosidad no se encuentran más que en el fondo de mi corazón; en esta parte de mí mismo que es toda interior, donde mi alma ve brillar por encima de ella una luz que no se encierra en un lugar, donde oye una armonía que el tiempo no mide, donde siente un perfume que ningún soplo disipa, donde gusta un sabor que al alimentar no disminuye, y en fin, un objeto infinitamente amable cuyo goce no proporciona ningún cansancio. He ahí lo que amo cuando amo a Dios.

Ved como el Cristianismo aparece como un fenómeno de democratización. Lo que se funda en la inteligencia tiene de antemano limitado el campo; lo que se funda en el amor, inicia un imperio sin límites. No todos pueden ser inteligencias superiores, todos pueden ser corazones amantes. La inteligencia es la visión del límite, la configuración del contorno; la inteligencia se refiere

a cosas hechas, acabadas, circunscritas; el amor es sed, ambición noble y generosa del espíritu que repugna el límite. La inteligencia afirma o niega, y, desnuda del sentimiento, no conoce los términos medios entre el ideal y la realidad; el amor es un impulso hacia lo infinito a través de las gradaciones. El hombre marcha hacia la realidad esencial, no por puros conceptos del entendimiento, sino con la plenitud de su ser.

Siglos después, el renacimiento plantea otra vez el problema de la concepción de la vida. Todo gira en torno del acabamiento de la personalidad como fuerza independiente, emancipada, segura de sí misma, penetrada de realidad y de naturalismo. El hombre individual se levanta satisfecho de su propia excelencia frente a toda disciplina. Sin embargo, no logra alejar de sí la preocupación de poderes misteriosos. “Las almas—dice Gebhart—desencantadas de las viejas creencias y que no están maduras para la negación absoluta de lo sobrenatural, se vuelven hacia la superstición, hacia la astrología y la brujería. En otro tiempo, Petrarca, Juan y Mateo Villani, Sacchetti, habían negado la influencia de los astros sobre la vida humana y se habían burlado de los astrólogos; a fines del siglo XV, y a pesar de los esfuerzos de Pico de la Mirándola, todo el mundo, filósofos, humanistas, hombres de Estado, los Papas mismos, creen en las conjunciones de estrellas y en las profecías que de ellas se sacan. Julio II, León X, Pablo III hacen leer en las profundidades del cielo los destinos de la Iglesia. Todas las supersticiones clásicas, todos los terrores de la Edad Media reaparecen. Se cree en los presagios pueriles, en los aparecidos, en las carreras nocturnas de fantasmas sin cabeza, en el cazador negro, en el descendimiento sobre la tierra de espíritus malignos, en la evocación de los demonios. Dominicos alemanes llevan a Italia las prácticas de los hechiceros; un sacerdote siciliano hace ver a Cellini millares de diablos en el Coliseo; Marcelo Palingenio conversa por la noche, en la campiña de Roma, con espíritus que vienen de la luna y le dan noticias de Clemente VII”.

No es ésta ocasión de estudiar las consecuencias morales y sociales del Renacimiento. El mismo Gebhart las resume diciendo que las almas, poseídas por el interés personal, perdían poco a poco todo entusiasmo, toda dulzura y todo amor. La noción de patria desaparece, los lazos sociales se disuelven y el tipo del

hombre bien dotado es que el que posee la fuerza y la astucia al servicio del egoísmo, el que es a la vez zorro y león.

Adquiere entonces la crítica una importancia antes desconocida. Cuando los hombres se consideran en relación con el Ser infinito, las diferencias entre los hombres aparecen insignificantes y se realzan en cambio los lazos de su común condición y dependencia. Pero otra cosa sucede cuando el hombre se considera en sí mismo, en sus dotes naturales e individuales. La Edad Media no tuvo muy aguzado el sentido crítico. La gran culminación cristiana del siglo XIII, que se llama el franciscanismo, podríamos decir que es un sentido de la vida opuesto a la crítica. En vez de entretenerse en la censura, pone su empeño en crear focos vivos de regeneración. Nada más positivo que el franciscanismo. Un amor encendido, inmenso, capaz de abrasar en su fuego todas miserias, una guerra al propio egoísmo, un ideal puramente evangélico, que tiende a quitar todo límite al desprendimiento. A fuerza de amar el bien en sí mismo, no se cuida de reaccionar violentamente contra el mal.

“Francisco—escribe Joergensen—no tenía nada de un espíritu negativo; nada tampoco de un espíritu crítico. La única crítica que conoció era la que consistía en criticarse a sí mismo. Y aun en este punto difería por completo de Valdo y de toda la tendencia valdense. Como ha dicho muy bien un historiador moderno (Schmieder): “Francisco anunciaba al mundo una vida bienaventurada, mientras que Valdo no anunciaba más que la ley sagrada; Francisco predicaba el amor de Cristo y Valdo las prohibiciones del Señor; Francisco desbordaba en alegría de Dios, mientras que Valdo castigaba los pecados del mundo; Francisco reunía en torno suyo a los que deseaban su salvación y dejaba tranquilamente a los otros proseguir sus caminos, mientras que Valdo combatía la impiedad de los impíos y no cesaba de atacar las costumbres del clero”.

Este un rasgo que matiza especialmente el espíritu franciscano. Mas en el espíritu del Cristianismo en general hay también una prevención contra la crítica. No es otro el sentido de la imagen de la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio. Con suprema concisión, hermosamente lapidaria, se dice en el Evangelio: No juzguéis y no seréis juzgados.

Pero ¿es que toda crítica es condenable? Esto sería quizá dar a los malos una patente de corso para que pudieran proseguir sus

fechorías sin que los detuviesen las claridades vengadoras que los ponen al descubierto. Todo mal es una opresión, produce víctimas, aunque de momento no se vean todas sus consecuencias, y no delatar justicieramente el mal es dejar a las víctimas desamparadas. En el Evangelio hay una crítica nada suave de los fariseos, y pocas críticas tan duras podrán presentarse como las que hacen los Santos Padres de los malos ricos.

Lejos de negar el derecho a la crítica, hemos de ver en ella una función augusta y necesaria. Prevenirnos contra el placer insano que en ella encuentran los espíritus mezquinos. Poner en el fondo de las severas y vigorosas reacciones la actitud afirmativa y el impulso de los grandes amores que infunden en todas las cosas una luz de transfiguración. En historia, como en moral, es una verdad que no se pueden juzgar los hechos, sino en virtud de leyes superiores a los hechos.

La sátira del Renacimiento fué arte del ingenio, pero fué mordaz, envenenada, ferozmente burlona, despreciativa.

Hoy, la complicación de las sociedades modernas hace más sensible el vacío de la vida interior. La vida interior es la única vida propia, lo único que es nuestro, pero está sumergida en un ambiente que tiende a diluir nuestra personalidad en los rasgos generales de la existencia colectiva. El cruce de los distintos influjos, la interferencia de los múltiples caracteres individuales da como resultante una densa mediocridad. Encontramos frente a nosotros fórmulas sociales, juicios tácitamente aceptados por la generalidad como expresión de la corrección mundana y del equilibrio vulgar. Hay normas que responden a sentimientos delicados de urbanidad, afinan el trato, liman o disfrazan la aspereza de los caracteres, suplen la bondad con las galanuras de la cortesía, y si es verdad que la ficción de un sentimiento puede crear el sentimiento mismo, acaso esas contenciones de la brusquedad y del egoísmo, ponen una gota de dulzura en nuestro espíritu. Pero al fin ese convencionalismo encierra una estudiada mesura, que es muchas veces afectación y falsía, antepone al ser el parecer, sofoca la ingenuidad, desfigura los valores morales condenando las pequeñas incorrecciones formularias, y mostrándose indulgente con graves extravíos morales, quién sabe si con verdaderos crímenes cubiertos con la vestidura del honor. Ese convencionalismo arroja sobre la sociedad la ceniza de sentimientos extinguidos y forma una costra que ahoga el sonido puro e ingenuo de

la individualidad, embota los impulsos de justicia social e introduce como criterio el sentido mezquino de los hombres y de las cosas.

La vida tropieza en la práctica con este problema. Unos, sintiéndose impotentes para transformar la sociedad, se repliegan sobre sí mismos, su sensibilidad se agudiza y se hace más exquisita en el aislamiento y se hacen pesimistas, huídos de la vida, tristes inadaptados que suspiran por ambientes sociales más suaves y acariciadores, donde los carreteros no blasfemen, ni los chicleos apedreen, ni la brutalidad no se presente a cada paso insolente y chocarrera. Otros se forman para su uso la filosofía de la adaptación para la dominación. Convencidos de que no hay otro camino, se amoldan, no a todo, pero sí a muchas cosas; cultivan la amistad de hombres a quienes en el fondo desprecian, ganan amigos sin poner demasiado cuidado en la selección y abren en la vida una ruta generalmente decorosa, prestando útiles servicios y ganando lícitos provechos. Otros, finalmente, se proveen de un optimismo bondadoso, se derraman en los pequeños favores de la amistad, procuran organizar las fuerzas del bien y ponen constantemente al servicio del ideal las artes del ponderado y sensato vivir.

Mas queda siempre la necesidad de la propia defensa, de la defensa del círculo donde trabajamos, estudiamos y pensamos, región constantemente sitiada, más por el agradecido afecto de los amigos que por la malquerencia de los adversarios, atacada por todos los que no tienen noción del valor del tiempo, y no contentos con perderlo se obstinan en hacerlo perder a los otros, por los que no reconocen al trabajo intelectual la categoría de una ocupación, ni permiten que nazcan, buenos o malos, los frutos de la continuidad del pensamiento y exigen que se haga visitas de cumplido, que se conteste a cartas inútiles, que se recomiende a todos los conocidos, que se felicite a cuantos tienen el capricho de celebrar sus días y que se asista a homenajes, banquetes, entierros, bodas y bautizos.

Así, la civilización social con sus complicaciones se opone al desarrollo de la vida individual, aunque hay que reconocer que en otros aspectos la favorece. Pero hay otro enemigo. No sé cómo llamar un poco académicamente a lo que vulgarmente se llama tontería. La tontería no es la falta de inteligencia ni la ignorancia. En la ignorancia sin repliegues, en la sencillez humilde gus-

tamos el encanto de la santa, candorosa ingenuidad. Bajo ella se trasluce una suerte de infinito moral, como en los lagos mansos y claros se retrata la serenidad de los cielos. Pero la tontería, en el sentido en que aquí la tomamos, es una aleación de defectos intelectuales y morales en proporciones variables, se mezcla con la ambición y con el interés y tiene un fondo de orgullo, un afán de hacerse presente y de imponerse y de estorbar. Sobre la desgracia y sobre la maldad tiene el grave inconveniente de la inconsciencia, y de ahí viene la dificultad de su curación. Contra ella ha disparado Gracián sus dardos acerados, y para curarla ha tratado de aplicar a la sociedad fuertes inyecciones de buen sentido.

Rebajar el tono de la vida, dar menos importancia a las cosas, poner menos empeño en los fútiles deseos, infiltrar la idea de la vanidad de la mayor parte de nuestros anhelos y de nuestros caprichos, preocuparnos menos de las opiniones de los otros, sería para muchas cosas un remedio; pero tomando el criterio, no de la filosofía pesimista de Schopenhauer, sino del optimismo cristiano. No tengo tiempo de exponer cómo los graves y humildes pensamientos de la religión, encarándonos con la verdad profunda de las cosas, disuelven la tontería y el convencionalismo humano. Pero, si queréis conservar vuestra personalidad, abrazaos con un ideal y consagraos a su trascendental realidad los días y las horas que pasan. Llega un tiempo en que sólo la convicción sostiene, en que el vivir en la eternidad de las ideas consuela de la pérdida de la juventud y en que la esperanza de que las semillas del bien que lanzamos al acervo social han de expansionarse en triunfales floraciones, sobrevive a la desilusión de las cosas materiales. Mas todo esto con optimismo y confianza, con dulzura y amor y paz, como aquellos monjes medievales de vida virgiliana, exenta de inquietudes y cuidados, que tomaban cada aurora como una gracia y cada ocaso como una recompensa. Ellos dormían en paz después de haber trabajado. No sabían si despertarían, no se curaban de si podría continuar el surco abierto. Les bastaba saber que habían llenado un día con la ofrenda del trabajo y del deber cumplido.

